

CAMPAÑA CONTRA MÉXICO

El día 16 de agosto del año de 1519, Hernán Cortés, acompañado de una fuerza compuesta de 300 soldados de infantería y 15 de caballería, emprendió su memorable marcha hacia el interior. Dejando el resto de su gente, ó sean 154 hombres, entre ellos dos jinetes, para defensa de la colonia de Villa Rica, llevó además consigo 1,300 guerreros totonacos y 1,000 cargadores. Primero atravesaron las hermosas comarcas de Tierra Caliente, cuya encantadora hermosura formaba gran contraste con los áridos y arenosos territorios de la costa, y que causó profunda impresión en el ánimo de los españoles. Por todas partes dominaba una vegetación tropical verdaderamente majestuosa. En todos los colores y formas imaginables enlazábanse unos con otros los inmensos árboles primitivos, entretejidos de maravillosas flores, de plantas tropicales, de orquídeas, musgo y hierbas, extendiendo sus largas ramas y descubiertas raíces, que parecían brazos propicios á sujetar al que osase pisar aquel territorio. Altas cañas de bambú y helechos festoneaban las orillas de los arroyos y ríos; delicadas mimosas y esbeltas palmeras se cimbreaban al lado de grandes y tremendos árboles de bombax y sangre de drago. Y ¡cuán grande era la animación que reinaba en este gigantesco bosque virgen! Pájaros de todos tamaños y de magnífico plumaje saltaban de rama en rama, y como brillantes chispas revoloteaban los relucientes colibríes alrededor de las innumerables flores, de las cuales libaban también su néctar espesas nubes de pintadas mariposas.

Y este hermoso paisaje variaba constantemente. Tan pronto llegaban á dilatadas sabanas cubiertas de verde hierba como á pequeñas cordilleras revestidas de bosque, que cada vez se iban elevando más y más hasta terminar al fin en aquel poderoso cráter de nieve del Citlatepetl (1) que ya habían visto brillar desde el mar los españoles.

Recordando las bellas comarcas de Andalucía, parecidas á éstas del hermoso reino totonaco, convinieron unánimes los viajeros en dar á aquel paraje el nombre de Nueva España.

(1) Hoy lleva este pintoresco y nevado pico, que mide 5,384 metros de altura, el nombre de *Pico de Orizaba*.

Después de dos días de marcha y de haber pasado Xalapa, Socochina y Textula, llegaron á las altas regiones montañosas, donde les sorprendió desagradablemente un brusco cambio de temperatura. Por ninguna parte se distinguía vivienda humana; fuertes vientos silbadores se sentían más fríos á medida que avanzaban. Por las noches llovía y granizaba, siendo el frío tan intenso que algunos indios llevados de Cuba sucumbieron á la inclemencia de la temperatura.

Cada vez era más agreste y desolado el aspecto del país. Unas veces la senda que seguían les conducía al borde de vertiginosos precipicios, y



Pintura mural de una casa tolteca de Tula

otras al lado de gigantescos peñascos que elevaban al azul del cielo sus nevadas y puntiagudas cúspides. Tan pronto tenían que atravesar por imponentes y estrechos desfiladeros como por altas llanuras en las cuales dificultaban mucho el paso la dura lava de cortantes bordes y la ceniza. ¡Cuántas veces dirigieron afanosas miradas desde aquellas inhospitalarias alturas á las regiones de la llanura que hacía poco habían abandonado, y que veían á sus pies cruzadas de cristalinos arroyos y grandes bosques y sabanas, como un gigantesco mapa que sólo hallaba muy lejana frontera en el horizonte, donde las relucientes olas del Océano, del golfo de México, bañaban el continente!

Habían alcanzado ya una altura de 2,500 metros cuando los soldados, extenuados de hambre y muertos de frío, llegaron por fin, después de haber atravesado un estrecho paso de la montaña, á una ancha plataforma cuyo clima era parecido al del Mediodía de España. Por todas partes veíanse muestras de cuidadoso cultivo. A gran distancia alrededor se divisaban, diseminados entre los campos de maíz, blancos pueblos y ciudades con edificios construídos de piedra y cal, y rodeados de jardines que tenían una empalizada de extraños cactus simulando columnas.

Aquí vieron por vez primera los españoles el maguey ó agave americano, con cuyo jugo preparaban una bebida alcohólica llamada *pulque*.

Al lado de estos apacibles panoramas veíanse también espantosas muestras del culto del pueblo mexicano á los sacrificios humanos.

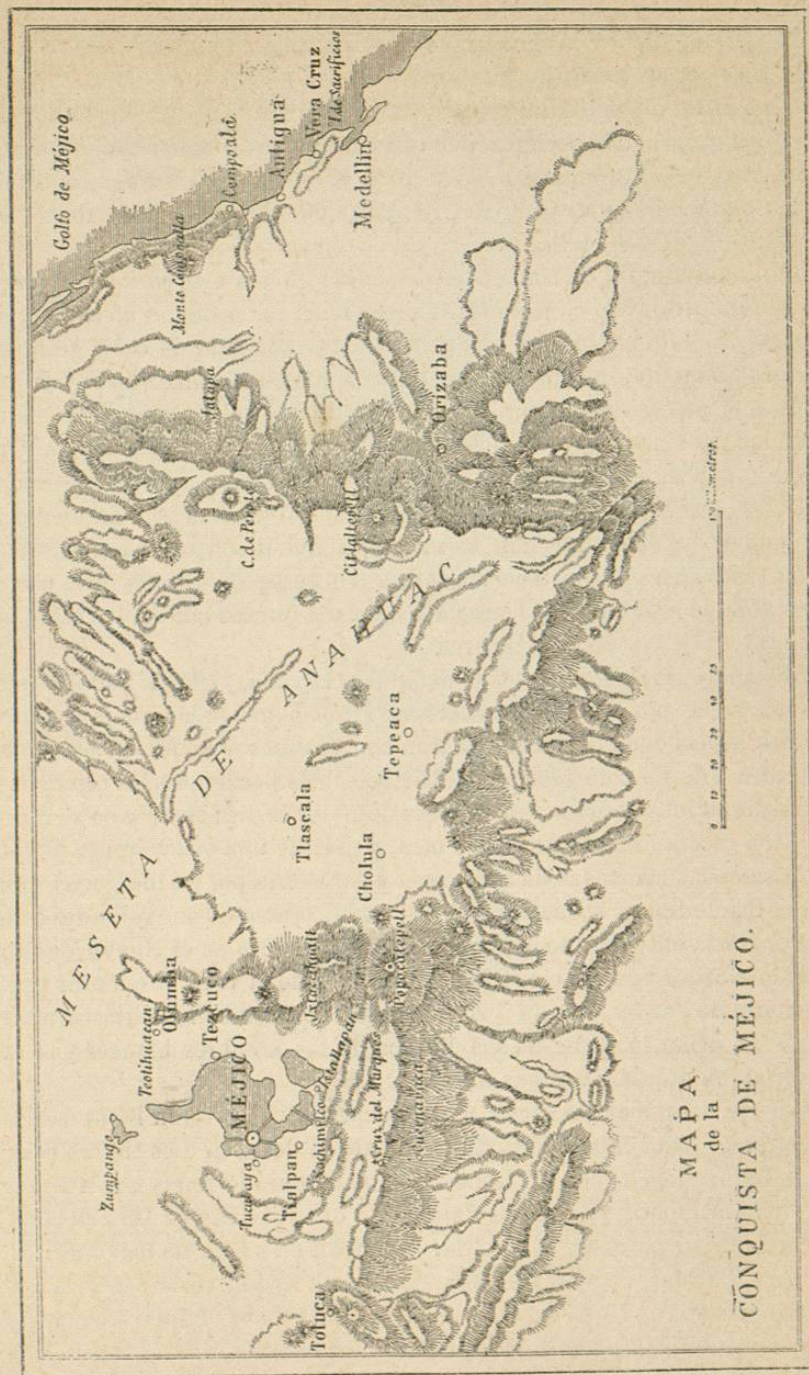
En el pueblo de Yocotlán veíanse á los lados del templo de los sacrificios unos sitios en los que había hacinadas más de cien mil calaveras humanas en filas bien ordenadas. Tres horripilantes sacerdotes, envueltos en negras vestiduras manchadas de sangre, eran los guardianes de este espantoso calvario. Cuanto más se acercaban á Tenochtitlán, capital de los aztecas, más había que acostumbrar la vista á estas terribles escenas.

Los habitantes de los pueblos salían al encuentro de los extranjeros, recelosos y fríos, demostrando todos que no les era agradable su visita. Probablemente temían atraerse las iras de los aztecas si albergaban á los españoles y los proveían de víveres. Todo el país estaba sujeto á aquéllos, y cuando Cortés preguntó á un cacique si era vasallo de Motezuma contestó admirado: «¿Hay alguien que no esté sometido á él?» Habiéndole interrogado si poseía oro, contestó que sí, pero que no se lo podía dar porque provocaría el desagrado de su soberano; mas que, si éste se lo ordenaba, tanto su oro como su persona y todas sus haciendas estarían á disposición de Cortés.

Antes de proseguir su viaje preguntó el conquistador cuál sería el camino más seguro para llegar á Tenochtitlán. Los caciques de los alrededores les habían aconsejado que prosiguiesen la marcha pasando por la ciudad de Cholula, mas los totonacos que iban con Cortés dijeron que los habitantes de aquel gran lugar eran falsos y traidores, y propusieron pasar por el país de los tlascaltecas, que eran amigos suyos y desde hacía largo tiempo vivían en mortal enemistad con los aztecas. Cortés interrogólos más detalladamente sobre este pueblo y supo que habitaba un distrito de cerca de cincuenta leguas de circunferencia, situado en la alta planicie, lleno de escabrosas montañas, dedicándose á la agricultura y comercio en los fértiles valles.

Muy diestros en todas las artes de la guerra, endurecidos por el rudo trabajo, vida moderada é incesante ejercicio de las armas, y ayudados por un clima saludable, habían rechazado con éxito todas las tentativas de los aztecas encaminadas á someterlos, formando en medio del gran imperio azteca una república gobernada por cuatro superiores y por un consejo de nobles que se distinguían por su valor y sabiduría.

Ninguna noticia podía serle tan agradable á Cortés como esta, pues esperaba aprovecharse de la enemistad que reinaba entre ambos pueblos. Para calcular la actitud en que se colocarían los tlascaltecas envió algunos de los totonacos que le acompañaban, y que eran habitantes de Cem-



poala, con regalos á la ciudad de Tlascala, rogando que le permitiesen paso libre por su territorio.

Pero ni los enviados ni la respuesta regresaban, y después de haber esperado algunos días supieron por unos indígenas que los habitantes de Tlascala se habían preparado al combate, dispuestos á impedir la entrada de los españoles en su país, pues temían que, al igual de los aztecas, se entregaran al robo y pillaje.

Con la esperanza de convencerlos de que no era este su intento, hizo Cortés que avanzase con la mayor precaución su pequeño ejército, que se encontró de repente ante una gruesa valla fabricada de cal y grandes bloques de piedra, la cual valla medía tres metros de altura por seis de espesor, é impedía por completo el paso al valle del río que conducía á la ciudad de Tlascala, pues encerraba de un lado al otro la montaña. Un fuerte parapeto extendíase á lo largo de la valla hasta una distancia de diez kilómetros, y sólo tenía un pasadizo espiral de diez pies de ancho y que podía ser defendido con la mayor facilidad contra una respetable fuerza. Esta extraña construcción formaba el muro de defensa de la parte oriental de la república de Tlascala; los demás puntos cardinales estaban defendidos por inaccesibles alturas.

Extrañáronse de no encontrar defendida la valla, y Cortés pudo entrar con sus tropas por la indicada abertura. Pero apenas habían dejado atrás algunas leguas cuando se encontraron con grandes y pequeños ejércitos de indios, que no sólo hicieron sufrir sensibles pérdidas á los españoles con sus repetidos ataques, sino que les detuvieron días enteros en su marcha. Una escaramuza se sucedía á otra, y más de una vez viéronse de tal modo cercadas las tropas de infantería y caballería por los indígenas, que necesitaban emplear todas sus fuerzas para librarse de sus valientes contrarios. Hasta entonces no habían visto los españoles en el Nuevo Mundo semejante ardor bélico, temeridad y desprecio de la vida. A cuantas proposiciones de paz les hacían los españoles, contestaban los tlascaltecas que arrancarían la carne de los huesos de los hombres blancos y se la ofrecerían en holocausto á sus dioses.

A pesar de que en los días 1 y 2 de septiembre tuvieron lugar serios combates, el 5 del mismo mes dióse la batalla decisiva. Los tlascaltecas, al mando del joven jefe Xicotencatl, habían reunido todas sus fuerzas útiles para combatir, y si hemos de creer lo que dice Bernal Díaz del Castillo, que tomó parte en la batalla, ocupaban en unión de los otomises, que eran parientes suyos y habían ido en su ayuda, un espacio de dos leguas cuadradas. ¡Y qué aspecto presentaban! Véíase ondular un mar de guerreros que habían adornado sus desnudos cuerpos con los más vivos colores, limitándose sus vestiduras cuando más á un taparrabos, un par

de sandalias y un fantástico adorno en guisa de casco, que representaba la cabeza de una pantera, jaguar ó león de la montaña, y por entre cuyas abiertas fauces asomaba el rostro del guerrero. Entre estos atléticos com-



Guerrero antiguo mexicano de alto rango
(De una pintura mexicana existente en la Biblioteca del Vaticano en Roma)

El color de la cota es azul con ornamentos blancos y encarnados. El casco está adornado con cintas encarnadas y dibujos de oro, llevando en la parte superior una fila de plumas de color amarillo verdoso. Los colores del escudo, rodeado por un borde encarnado, son el amarillo y verde.

batientes discurrían de un lado á otro los jefes y guías, que se conocían á larga distancia por sus mantos y sus cascos adornados de plumas de magníficos colores. Estos jefes vestían gruesas cotas acolchadas de algodón en rama, destinadas á defender la parte superior del cuerpo de los golpes y heridas; calzaban sandalias ó medias botas adornadas de oro y piedras preciosas.

Tan llamativos y magníficos como las vestiduras eran todos los demás pertrechos de guerra, cuajados de toda clase de adornos. Los circulares escudos de cuero, madera y caña mostraban pintados ornamentos ó caprichosos y ricos mosaicos de pluma de mil diversas formas; los estandartes y enseñas, que unos llevaban en la mano y otros colocados entre los omoplatos, ostentaban, hechos también con plumas, los colores y divisa de los diferentes caciques; entre ellos llamaban la atención las armas de la casa Xicotencatl, que era una garza blanca sentada sobre una peña, así como el estandarte de Tlascala, ricamente adornado con plata, turquesas, ópalos y esmeraldas, y en medio un águila de oro con las alas extendidas.

No menos extrañas que estas divisas eran las armas. Veíanse pesadas mazas de madera llamadas *Cuauholloli*; picas de dos filos; azagayas de tres puntas, que después de arrojadas podían ser recogidas por medio de una correa de cuero; veíanse también arcos sumamente flexibles y flechas cuyas puntas eran de hueso ó de obsidiana; además llevaban hondas, espadas cortas también de hueso, y principalmente el arma nacional, peculiar de los pueblos de las llanuras de Anahuac, llamada *Maquahuítl*, y que no era otra cosa que un palo de madera, de 1,25 metros de longitud, en forma de espada, cuyos filos estaban guarnecidos de cortantes pedazos de negro cristal natural, obsidiana. Los golpes dados con esta peligrosa arma producían heridas gravísimas y difíciles de curar.

Sin duda alguna que el pequeño ejército español sentiría algún miedo al verse ante fuerza semejante. «Nos inquietamos, dice Díaz del Castillo, porque éramos hombres y temíamos á la muerte. Casi toda nuestra gente se confesó durante la noche, é imploramos fervorosamente á Dios que nos concediese la victoria.»

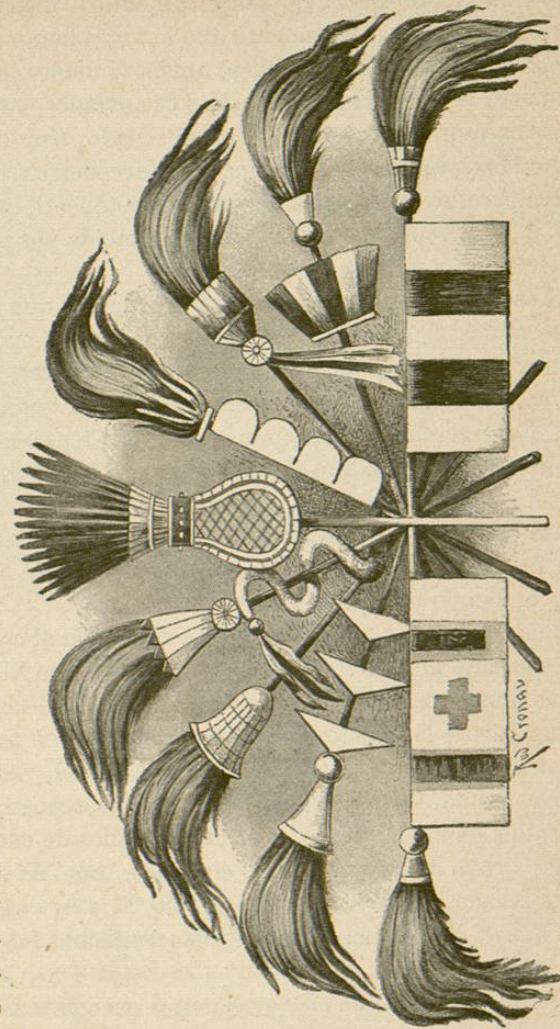
Cortés decidió atacar al enemigo en su propio campamento, y al efecto pasó revista por la mañana muy temprano á su pequeño ejército, recomendó á sus guerreros sobre todo que guardasen orden, y dióles las siguientes instrucciones de combate: los jinetes debían dirigir sus lanzas en línea recta á los ojos de los indios, y de los mosqueteros y ballesteros unos cargarían solamente y los otros dispararían, y mientras durase la batalla la demás tropa sostendría un fuego continuo.

Apenas los españoles estuvieron á la vista cuando salieron á su encuentro por todas partes legiones de indios, que con sus horribles gritos de guerra y el atronador sonido de sus cuernos de combate se arrojaban sobre ellos. Pero sin interrupción contestaban las bocas de las armas de fuego al ataque de los agresores, diezmando las filas de los indios con sus balas de piedra. Todo el que se aproximaba á los españoles era derribado en tierra por las espadas ó por las lanzas.

Pero así como los españoles no conocían el cansancio cuando comba-

tían, tampoco los enemigos cejaban en sus furiosos ataques. Aunque cayesen á centenares con los miembros destrozados, había miles que se disponían á ocupar inmediatamente sus puestos. Cuando se convencieron de que sus legiones se estrellaban continuamente contra las lanzas de los españoles, formaron, contra su costumbre, compacta y terrible masa, arrojándose con centuplicada fuerza, cual desoladora avalancha, sobre la pequeña hueste de los europeos. Flechas, picas y piedras lanzadas por las hondas caían en tan considerable número sobre los españoles, que llegaron á formar grandes montones en el suelo, al mismo tiempo que los tlascaltecas, arrojándose ciegos contra sus enemigos, entonaban su más salvaje himno de guerra.

Esta terrible acometida hizo vacilar un momento á los españoles, y ya comenzaban á desordenarse sus filas, cuando Cortés, haciendo un esfuerzo supremo, seguido de sus jinetes, lanzóse en medio del tumulto repartiendo golpes á diestro y siniestro. Entretanto apuntaron de nuevo los cañones, dispararon, y otra vez las pesadas balas diezmaron las filas de los tlascaltecas; y cuando la infantería española se replegó y dió un nuevo ataque, no pudieron aquéllos resistir más, y emprendieron la retirada después de cuatro horas de sangrienta lucha.



Estandartes y enseñas mexicanas del tiempo de la conquista (Copiados de pinturas indias por R. Cronau)